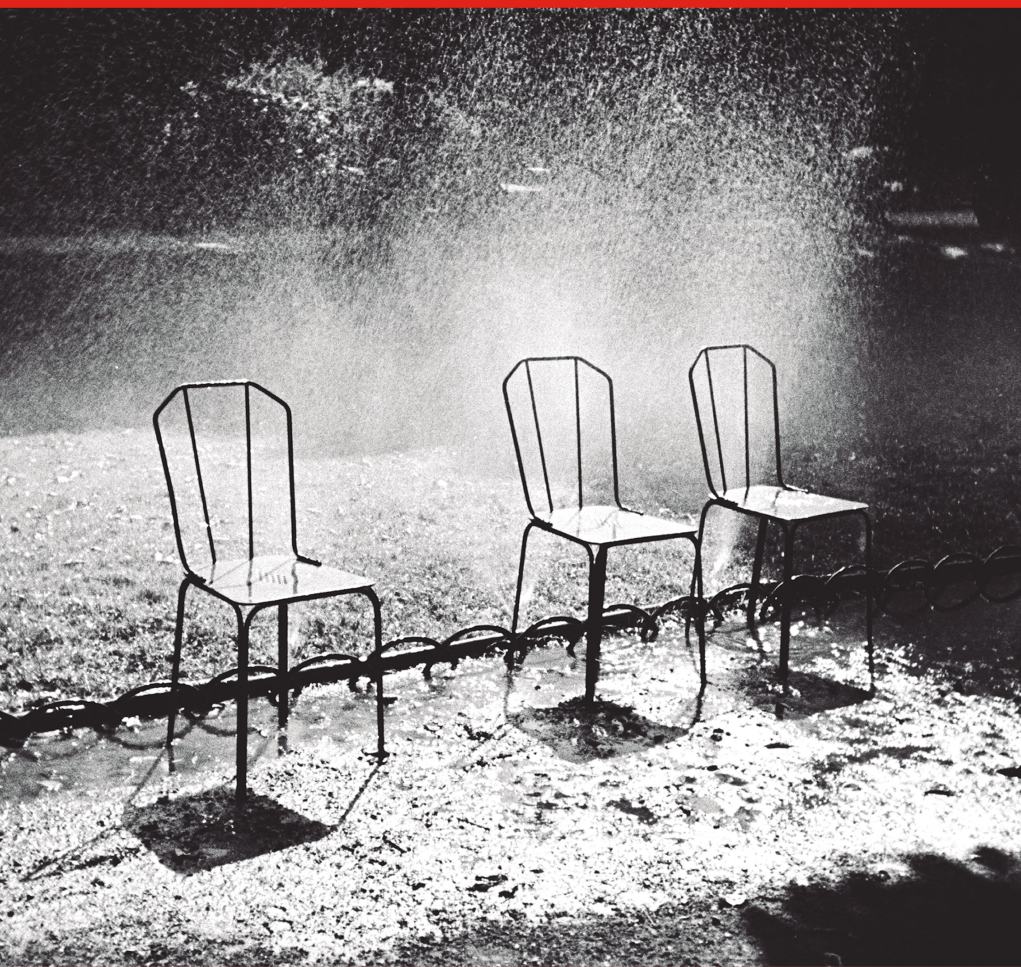


Valentín Roma
LOS TRILLIZOS
PERIFÉRICA



LOS TRILLIZOS

LARGO RECORRIDO, 219

Valentín Roma
LOS TRILLIZOS

EDITORIAL PERIFÉRICA

El hombre es el único animal encerrado
en el exterior de su jaula.

Cuadernos, PAUL VALÉRY

Me siento en un banco del parque, dispuesto a fingir que leo el periódico. A mi derecha, unos jubilados hacen taichí ante la mirada escéptica de las gaviotas. A la izquierda, dos jóvenes cuchichean en la terraza del quiosco-bar; veo cómo intercambian un monedero por debajo de la mesa. Seguidamente la más alta se dirige hacia los lavabos; supongo que allí la espera su correspondiente raya vespertina.

Hoy pasaré mi primera tarde a solas con los trillizos y he decidido analizar las cosas desde una distancia cínica o teatral: ni muy lejos para que las madres piensen que me he ido, ni demasiado cerca para que cualquiera me hable. Los chismorreos han aminsonado durante las últimas semanas. Aun así, debo mantenerme en mi sitio. «Mantener el sitio» es una frase repugnante, simboliza todo lo que aborrezco.

Las chavalas que *van del palo* comienzan una lenta ceremonia de despedida. Observo sus andares y su forma de negar con la cabeza al pasar a mi lado. «El típico *boomer* en modo gárgola», imagino que se han dicho antes de tirar varios objetos a la papelera.

Entretanto, me devuelven una mueca de asco. Al cabo de unos minutos fisgoneo en la basura y encuentro el aplicador de un tampón junto a una pajita con los extremos mordisqueados. Como suele decirse, sabe más el diablo por viejo que por diablo.

Faltan tres cuartos de hora para las cinco de la tarde, momento en que iré a comprar la merienda de los niños en el ALDI. Cuando empecé a venir por este barrio, abrieron una franquicia cuyas colas dan la vuelta a la manzana. En ellas se reúnen las hijas de los hípsters vestidas de UNIQLO y los solterones con síndrome de Diógenes y contratos de renta antigua. Una vez le comenté a mi padre que las ofertas son el invento más democrático e infalible del capitalismo. Él se acarició la barbilla y respondió, crispado: «Ahórrate las metáforas: a mí no tienes que venderme ninguna verdad».

¿Qué fue de aquel artista que vivía en el paseo Picasso, en una buhardilla con ventanales mirando a esta zona de la Ciudadela? Nunca supe su nombre porque todos le llamaban Mister Pupas. Al principio creí que el apodo se relacionaba con sus *performances*, las cuales consistían en instigar al público para que le escupiese o en dibujarse paisajes infantiles en el abdomen, con la punta de un machete. Sin embargo, su ayudante me aclaró que no, que el tipo era gafe de verdad. Hoy nadie insulta a alguien llamándolo *gafe*: los jóvenes jamás utilizan esa palabra.

Un grupo de acróbatas marroquíes ensayan en el césped; a su lado tiene lugar una clase de *capoeira*. Algunos paseantes se detienen, asombrados por la musculatura de los jugadores y por la pericia con que ejecutan fintas, derribos y patadas. Enseguida se forma un corrillo de curiosos a los que me sumo momentáneamente, hasta que uno de los trillizos me toca el hombro y me avisa de que en breve vomitará. Según él, ha tragado tierra: «Estaba sucia y mala».

Le alzo la blusa para calcular el porcentaje de bacterias que puede ingerir sin desmayarse. De camino a la parte trasera de los columpios, me veo ante un tribunal a punto de sentenciarme por delito de abandono. Entre la multitud que abarrota la sala están los padres del crío. Y aunque se odian también creen que fue una lástima cómo acabaron las cosas; consideran que, en términos generales, todos los divorciados tienen un último polvo pendiente: *the last opportunity* o *the last dance*, no sé qué fórmula correspondería.

Por fin encontramos una zona discreta y el niño se introduce la manita en el esófago. Su habilidad es semejante a la de los enfermos de anorexia o bulimia. Enseguida regurgita una ráfaga interminable; más tarde se limpia y dice: «Ya estoy bien. Voy a darles su merecido».

Tras el episodio del vómito inicio una vigilancia compulsiva. Se acabaron las estrategias: debo comportarme

como el resto de las madres, *ser una más*, otra idea nauseabunda. Cada treinta segundos fiscalizo a los chiquillos. Sandman dirige las operaciones con mano de hierro; es el más bajito y sin embargo no tiene trauma alguno. Si no fuese un símil fácil, apelaría a los vínculos entre estatura y dictadura.

Cuando me ven cerca de ellos por enésima vez, los lugartenientes abandonan sus escondites y, tras zarandearme con una agresividad fuera de lo común, logran que mi gorra caiga al suelo. De repente todos se quedan quietos y cantan, al unísono: «¡Caaalvo, caaalvo, caaalvo!». En busca de empatía, miro a la única niña del grupo, pero ella levanta la voz por encima de la de sus compañeros e incorpora una variante distinta: «¡Calvo de mierda, tata tatá!». Las madres me socorren de aquel coro infernal dando la tarde de juegos por cerrada. Salimos del parque y regresamos a un sitio que los ingenuos llamarían *el mundo civilizado*.

Recibo un wasap que enumera los alimentos permitidos para la merienda. La lista incluye galletas integrales, bocadillos de jamón dulce y zumos. Bajo ningún pretexto se autoriza la comida procesada o los refrescos.

En la sección de menaje vislumbro a alguien que se parece a mi vecina. Corro para esconderme y, cerca de los frigoríficos, veo a un compañero del antiguo trabajo. Ambos se giran y son personas distintas; de hecho, no guardan ninguna semejanza con quienes

los había confundido. Descubro entonces que tengo una sobredosis de individuos similares, repetidos, triplicados...

Ciertamente necesito desintoxicarme, salir de copas con esos amigos que se declaran exhaustos y que resoplan ante cualquier ridícula consulta, gente que disimula su intransigencia bajo algunas capas de cansancio. Sin embargo, quien se presenta en jarras ante mí es la chica con la que estuve saliendo el invierno anterior, cuyo teléfono bloqueé por una mezcla de cobardía e imposibilidad para enfrentarme al daño que le ocasionaron mis mentiras. «No me lo puedo creer. ¡No me lo *fucking* puedo creer!», dice insistente.

Los trillizos se aproximan muy dóciles hasta el sitio donde charlamos; caminan en fila india, como una delegación de cónsules en misión diplomática. «¿Y esto?», pregunta V., a lo que uno de los niños, el del complejo de Edipo más acusado, contesta: «No es nuestro padre, no es nuestro padre, ¡NO-ES-NUESTRO-PADRE!».

Me atuso el bigote que acabo de dejarme y que intenta ser la puerta de acceso a una nueva identidad. «¡Lo flipo! ¡Lo *refucking* flipo!», oigo a lo lejos mientras la caja número dieciocho anuncia que se ha quedado vacía.

Tras engullir la merienda, nos sentamos en una terraza junto al ALDI. Los críos toman sus bebidas sin prisa; estiran cada sorbo para que dure más de lo normal. Me sorprende y hasta cierto punto me enorgullece

que hayan aprendido por su cuenta este tic proletario, que sepan dilatar ciertos placeres ocasionales.

Cuatro mormones dialogan con uno de los muchos personajes pintorescos de Barcelona. Es un señor rubio y alto, tal vez sueco, danés o procedente de cualquiera de esos países del norte de Europa que aún siguen creyendo en las bondades de la ciudadanía. El muy lunático se ha amotinado contra el materialismo y la frivolidad contemporáneas. Divulga estos principios vestido de hombre-sándwich; puedes cruzártelo mientras pasea lentamente por las calles más turísticas o se queda rígido en monumentos y plazas como ésta, para que sus eslóganes no sólo puedan leerse, sino meditarlos. Hay días que anuncia el Apocalipsis; otros, grita: «*TOURISTS GO HOME!*».

Tal vez los mormones han interpretado de forma literal la arenga de hoy, «*ARREPENTÍOS DE VUESTROS PECADOS*». De ahí que se aproximen en plan amistoso, frotándose las manos, aunque tras unos minutos de cháchara el nórdico los insulta de manera desaforada.

Aprovecho el silencio de los niños para buscar diferencias con las que identificarlos. El del vómito fácil es muy distinto; los gemelos actúan como un único individuo.

El que tres personas se conciban a la vez y nazcan juntas suscita un interés desmedido. Hay países en los que gemelos, trillizos y cuatrillizos son símbolos de prosperidad; se cree que conceden buena suerte.

No obstante, las semejanzas físicas o ciertas paradojas de su vida diaria sólo son el lado fotogénico del asunto. Supongo que hay otra vertiente inimaginable para nosotros: la de pertenecer a un sujeto colectivo.

Para estos niños pisar el mundo implica un triple choque: el primero consigo mismos, el segundo entre los códigos que articulan su grupo de tres y el último con la sociedad que los acoge.

Todos estamos obligados a modularnos gregariamente, pero la gran mayoría aprendemos desde la distancia y en mitad de la gente, podemos reflexionar a solas y actuar con los demás.

Los trillizos pasarán buena parte de su infancia sin demasiado espacio para elaborarse a sí mismos. Siempre podrán culpar de sus patologías al hecho de no poseer un territorio de enunciación propio, al exceso de conectividad, aunque ¿no es esto lo que hacemos todos?

La plaza se ha llenado de jóvenes salidos del instituto, de cuidadoras que acompañan a ancianas con botellas de oxígeno portátiles, de parejas reprochándose la inapetencia y la falta de diálogo.

«LA FAMILIA ES UNA CÉDULA DE ALIENACIÓN», escribo en el periódico que compré como atrezo; enseguida tacho *de alienación* y lo sustituyo por *opresiva*. Los críos preguntan en qué momento llegará su mamá.

Con la quinta cerveza siento un odio profundo contra la sentimentalidad de las clases medias,

ésas que viven cualquier palabra como una epifanía, ésas que asumieron, sin ningún conflicto, que cuidar nos enaltece, nos potencia, nos mejora.

El sol empieza a retirarse y algunas farolas tintinean; otras se encienden. La camarera que nos ha atendido termina su turno y se marcha de buen humor. La caja tampoco cuadra hoy, pero a diferencia de otros días el montante no es sustancial. Los niños se han dormido, apoyan las cabezas sobre el hombro del de al lado. Una transeúnte los observa desde el centro de la plaza y amaga con fotografiarlos. Me levanto de la silla para increparla, tropiezo con las mochilas y caigo de bruces. Desde el suelo descubro que no les apuntaba con ninguna cámara; simplemente enroscó los dedos simulando un catalejo de mentira.

Recibo otro mensaje que pregunta si puedo aguantar hasta los ocho. Utilizo la excusa de siempre: el disuasorio poder de las reuniones inesperadas. «Lo entiendo, *amore*. Déjalos en casa de la vecina. Te llamo cuando termine. Gracias. TQM».

Una mujer en albornoz abre la puerta; los trillizos abrazan sus piernas y se quedan aferrados a ellas, como si descansasen en las extremidades de un ídolo. Uno de ellos, el que en ocasiones tiene la mirada triste, señala hacia mí y dice: «Se llama el señor de la gorra negra». La mujer suelta una carcajada y el albornoz se le abre; su sostén es de color fucsia, satinado.

Ese mismo sujetador lo llevaba otra ama de casa a la que conocí a los diecisiete años. Su marido presidía el club de boxeo donde yo trabajaba limpiando los vestuarios. Me pagaban poco, mal y tarde, aunque allí descubrí el valor de ser metódico no sólo en la vida, sino también cuando pegamos o nos pegan.

Aquella señora era adicta a los horóscopos; no paró hasta conocer mi signo del zodiaco. Al decirle Aries, exclamó: «¡Lo sabía! Fuego, guerra, locura...». Tras muchas indirectas nos citamos en un hotel que alquilaba habitaciones por horas. Subí las escaleras con aires triunfales, pero, cuando estaba a punto de llamar a la puerta según una contraseña acordada, miré el tono de las alfombras y mis mocasines relucientes. Entonces, sin venir a cuento, corrí hacia la calle.

«Bueno, me marchó», le digo a la dama del albornoz. Ella emprende uno de esos resúmenes intencionales que tanto gustan a las personas antes de despedirse. Por fin cierra la puerta y me quedo unos minutos a solas en el rellano. Mi teléfono vibra en el pantalón y de camino a casa; vibra al meterme en la cama y mientras apago las luces, hasta que se agota la batería y puedo descansar.